

SOBRE EL METODO DE DON ENRIQUE MOLINA EN
SU "NIETZSCHE DIONISIACO Y ASCETA"
(SANTIAGO, 1944)

por Julio Saavedra Molina

POCO he leído acerca de Nietzsche y, desde luego, ninguno de los libros que cita el señor Molina en la «Bibliografía» de su estudio. Pero la «literatura», como dicen los alemanes, es copiosa respecto del autor de *Zarátustra*, y yo conozco otros estudios; por ejemplo: *La filosofía de Nietzsche* por Henrique Lichtenberger y los capítulos que le dedica G. Santayana en *El error de la filosofía alemana*. La lectura de este nuevo *Nietzsche dionisiaco y asceta*, me ha venido, pues, de perlas; ha robustecido mis opiniones someras y además me ha instruído. Es lo que un sencillo lector pide al libro que, con las gracias de una muchacha en flor, ingenuamente insinúa: abre e infórmate. Y el señor Molina se desempeña admirablemente en su tarea; tanto, que no vacilo en declarar que su libro me parece un modelo en el género.

Acerca de otros autores: filósofos, poetas, novelistas, críticos, . . . he leído centenares y quizá millares de libros o artículos. Mi impresión ha sido siempre la misma. Unos, los más, analizan, describen, no al filósofo o literato que les sirve de tema o pretexto, sino a sí mismos, al autor del estudio. Dicen sus impresiones, sus juicios, muestran sus conocimientos, aun sus fantasías y sus intimidades, sin enlace a veces con el autor estudiado. Otros, los menos, son biógrafos, retratistas, cronistas y hasta jueces. Ocurre en el primer caso que el lector se informa de lo que no tenía interés en saber, y, si el autor es artista, hasta puede el lector pasar un buen rato y no perder

su tiempo del todo. Pero, sólo en el segundo caso no es estado. Clasifico el libro del señor Molina en el segundo grupo.

Oí una vez una larga conferencia sobre Nietzsche en la Escuela Normal Superior de París. La daba un joven a punto de egresar, bajo la tutela del sabio sub-director de la Normal, austero plantel filosófico y científico, si los hay. Yo era alumno de la Sorbona y asistí como oyente, en gracia a mi misión oficial. Recapacitando sobre el provecho recogido en la audición, concluí que había aprendido mucho más sobre la tragedia griega que sobre Nietzsche.

Muchos años antes, unos treinta, oí al señor Molina en nuestra Universidad de Chile varias conferencias sobre W. James y sobre H. Bergson, claras y concretas. Yo no podía entonces justipreciar lo que el conferenciante dijo. Otros le reprocharon algunos juicios; señal de que habían entendido, o que lo creían. Yo gané entre tanto el cariño que hasta hoy conservo a la «cosa filosófica» y cobré entusiasmo para leer a James y a Bergson; que, en efecto, leí casi totalmente en los años que siguieron. Leí también otros filósofos y muchos libros acerca de ellos. Conservo algunos de éstos. Que, como en el caso de Nietzsche, hablan con frecuencia de un Bergson, de un James, de un Kant, de un Platón, . . . que no es el Platón, el Kant, el James, el Bergson que uno coge al leer las obras originales y auténticas, sino el que cogió el autor del comentario, o el que no cogió y da por cogido al declarar sus propios pensamientos. De donde resulta que el Platón de Fulano no es el de Zutano ni es el mío ni será probablemente el de usted. Tiempo perdido.

¿Y cómo no habría de serlo?

Cada cual juzga con sus medios: su temperamento, su educación, sus gustos, su raza, su idioma. Y cuando hay, de prójimo a prójimo, parcial coincidencia de esos medios o intermedios, también hay parcial coincidencia de pareceres y juicios; porque la total coincidencia no existe jamás, ni siquiera entre los vástagos de un mismo tronco; que para algo somos personas, individuos, sujetos a la ley biológica de la variación. La parte de igualdad dentro de la desigualdad es bastante, empero, para constituir lo que se llama abusivamente «consenso universal», que, en definitiva, es el único «criterio de la verdad», y el resto música metafísica. Por lo cual, la lectura de estudios

«acerca» de los filósofos o de los literatos es a menudo inútil, y lo más provechoso es el conocimiento directo. Pero éste peca por otro lado: es largo y penoso. Los pensadores, sobre todo, son huesos duros de roer, y Nietzsche no es una excepción, a pesar de sus dotes de poeta y estilista. Por lo cual, un libro ejecutado de tal modo que procura mantenerse fiel al pensamiento de Nietzsche, no es un libro cualquiera.

El señor Molina expone su método al comenzar el capítulo quinto y final del libro, después de haber considerado cronológicamente en cuatro capítulos la vida y las obras de Nietzsche en un trezado resumen, que abarca las doctrinas, paradojas y dichos detonantes del poeta y moralista Nietzsche; pues, con razón, el señor Molina no lo considera un filósofo a carta cabal, ya que de sus escritos no fluye ninguna nueva explicación del ser, su origen o su destino. Por lo que hay más filosofía en las obras científicas de Galileo, Newton, Lamarck, Darwin o Einstein, que en los aforismos de Nietzsche. El método del señor Molina ha sido, pues, pensado largamente y elegido a conciencia. Consiste en una selección antológica de párrafos característicos y auténticos, completados por resúmenes relativos al mismo asunto y que contribuyen a declarar la doctrina de Nietzsche con fidelidad respetuosa. Paralelamente se pinta al personaje Nietzsche como hombre de carne y huesos, relacionando ambas cosas.

Si se considera que todo concepto y todo juicio son siempre, como ya he dicho, productos individuales, subjetivos, moldeados por quien los produce, nada más sabio que tratar de escapar a la desfiguración, mediante la cita textual, para acrecentar la fidelidad del juicio.

Me imagino que el señor Molina ha de haber pensado muchas veces en el error de los que creen que uno no es buen juez de sí mismo. Lo cierto es lo contrario: son los demás quienes son malos jueces de uno. Lo que pasa es que uno se juzga en presencia de todos los factores y alegatos, atribuyendo el verdadero peso que tienen para uno los imponderables subjetivos que los otros ignoran; en tanto que éstos juzgan con sus medios, sus prejuicios, y su desconocimiento de los «imponderables subjetivos» del procesado. Todos juzgamos mal lo ajeno, y bien, limitadamente bien, lo propio. No anduvo, pues, desacertado, sino exagerado el poeta que dijo:

*No hay nadie que en su interior
no esté con la soga al cuello.*

No podemos aspirar a coger la verdad absoluta; pero podemos tratar de acercarnos a una verdad muy general. Este ángulo de visión y voluntad es aplicable tanto a Nietzsche reflexionando sobre la moral o la literatura griega, como al señor Molina comentando a Nietzsche. Puesto que es imposible libertarse de la «ecuación personal» al juzgar sea lo que fuere, hay que reducir ésta al mínimo; y para entrar en la corriente oceánica del supuesto «consenso universal», hay que ver modo de situarse en el ángulo del «buen sentido». En él se ha situado el señor Molina, serenamente y sonriendo a ratos.

No pretendo con lo que he dicho que el Nietzsche del señor Molina sea el único posible. Es claro que el señor Molina, al elegir fragmentos y hacer su antología, resúmenes y comentarios, ha empleado sus facultades personales. Pero, desechado el conocimiento de Nietzsche de primera mano, puesto el pie forzado del conocimiento indirecto, a través de un expositor que se ha tomado el penoso trabajo de leerlo de cabo a rabo, el método empleado por el señor Molina ofrece ventajas sobre el método tan usual del simple comentario. Y, si, como en este caso, el antologista nos inspira fe con su clarividencia, su ecuanimidad, su dón expresivo, la ganancia es grande.

En el trenzado de textos, resúmenes y datos biográficos con que el señor Molina esboza sus cuadros no procede a la manera de Flaubert y su escuela, en que el retratista desaparece y se oculta tras el personaje que va poniendo en pie. No. El señor Molina se hace presente a menudo, como en un paréntesis, para señalarle al lector lo que él estima que es verdadero o falso en la doctrina de Nietzsche. Y, como hombre que sabe cuán frágil cosa es la verdad, su verdad, es notable la moderación que emplea, hasta cuando indica una contradicción, o la originalidad y belleza de un pensamiento.

A este propósito, tengo un reparo o impresión que estampar aquí. No siempre advertí en primera lectura, el punto en que terminaba la exposición de Nietzsche y empezaba la obra crítica del señor Molina. Eché de menos una que otra vez una diferencia tipográfica u otro recurso que me hubiesen ayudado a leer, evitándome repetir la lectura.

Gracias, pues, a sus cualidades notables de expositor y particularmente a su método, el señor Molina me ha hecho conocer a un Nietzsche más cabal que el que yo conocía antes de leer su bello libro. Ni como hombre ni como escritor, Nietzsche era, para mí, un personaje simpático. Aunque ecuaníme y hasta admirativo, este libro no ha mejorado mis disposiciones afectivas. El asceta no salva al dionisiaco.

Mis sentimientos no son excepcionales, son compartidos por muchos, y fueron los sentimientos de muchísimos contemporáneos de Nietzsche, a quien hacían la cruz, con no poco disgusto o perplejidad. Les desagradaban no sólo las ideas de este pensador, sino su actitud literaria, insana y arrogante. Nietzsche se presentaba como un animador de los amos contra los humildes, un evangelizador anticristiano, más bien que un moralista; pues su doctrina implicaba una nueva moral, una «amoral», si es posible expresarse así.

En esto no hacía más que desarrollar, al modo de su temperamento, un postulado de Hegel, cuando éste trató de justificar la guerra y de glorificar al vencedor, alegando derechos divinos. Pero Hegel se refería al Estado y las naciones, y Nietzsche aplicó la regla al individuo.

Nietzsche azuzó la vanidad de los fuertes, los inteligentes, contra el vulgo. Desentendiéndose de las contradicciones irreductibles del pensamiento humano, del intelecto tanto como del sentimiento, la pasión y la voluntad, acogió y realzó valores unilaterales, con persuasión avasalladora. Su moral es biológica, darwiniana; no psicológica ni sociológica. Sigue a la naturaleza bruta, más efectivamente que Rousseau, y desecha la aspiración íntima e histórica del hombre a elevarse sobre ese nivel, a anular el mal por el esfuerzo, la esperanza y la confianza en un Ser Supremo. Nietzsche repudia la única arma que tiene el hombre contra el reinado del Mal, a saber: los ideales de humanidad, caridad, justicia, libertad, paz, que trajo Cristo para redimir la corrupción introducida en el mundo con el pecado original. Quítese esto último, quite la poética leyenda bíblica y teológica quien de ella no guste. Subsistirá siempre el fundamento hegeliano de la moral más espontánea y corriente: el mundo, obra imperfecta en perpetuo devenir, se encamina hacia la perfección, merced al anhelo humano del Bien, merced a la voluntad humana de mejoramiento. El pro-

greso es demasiado lento, ciertamente; pero la historia nos muestra, sin sombra de duda, tras descalabros y contratiempos, cierto Progreso, cierto balance favorable, hacia la realización de Dios. Porque Dios no está en el origen de los tiempos sino al término de ellos. Dios nos aguarda en lo alto de una cima, al fin de un largo calvario, en que la humanidad se purgará de la animalidad, espiritualizándose. Tal es el supremo intento de darle un sentido a la vida: luchar por el Bien para hacer posible el reinado de Dios. Así pensaba William James contra Friedrich Nietzsche, en un antagonismo simbólico!

Y aunque Nietzsche no logró tener discípulos en vida, los ha tenido abundantes después entre los alemanes de este siglo, para desgracia de su patria. Echando en olvido los denuestos del escritor contra sus paisanos, y haciendo de los poéticos personajes resucitados por Wagner dioses y mitos, y de Zaratustra un profeta de adopción, los políticos del Reich se hicieron a la vez nietzscheanos y hegelianos, y, como había que esperarlo, el evangelio del Anticristo dió frutos diabólicos.

Entre las paradojas del célebre enfermo, dos o tres, a lo sumo, merecen hoy mención, y todas olvido. Una es la del superhombre anticristiano, muerta ahora más que nunca. Otra la del retorno cíclico de cada cosa. La cual tiene consistencia tan endeble que los mismos considerandos del pro sirven para el contra. ¿Por qué el «devenir», que ahora advertimos y desde Heráclito, no sería un tiempo de reajuste, tras un cataclismo, hacia un estado de eterna calma, todo lo perfecto que quiera Hegel? ¿Acaso la física no conoce una ley que llama degradación de la energía? Y esto es lo más filosófico de Nietzsche.

Pero el conocimiento de la doctrina moral de este pensador «dionisiaco» es hoy cosa no sólo de actualidad histórica, sino de necesidad práctica. Ahora como antes, y quizá más que de costumbre, conviene señalar el peligro que entraña el dejarse llevar sin freno por los apetitos; el prestar demasiado oído a la bestia que ronca o acecha bajo nuestra piel de hombres civilizados. Funesta sigue siendo sobre todo la tendencia del hombre dominador a practicar el «comamos y bebamos que mañana moriremos», en que se resume el hedonismo («dionisismo») que en su hora condenó San Pablo. Más que nunca, ahora necesita la pobre humanidad, maltrecha y dolorida, co-

nocer el peligro del materialismo; que no comenzó, ciertamente, con el pobre asceta Nietzsche, pero en cuya doctrina hallaron apoyo momentáneo hombres de temperamento bestial. Más que nunca, el dirigente, el educador, el periodista, necesita conocer el peligro, como el nauta conoce el escollo, *para evitarlo y salvar su nave*. Bienvenido, pues, el libro de don Enrique Molina.

Libro sencillo, claro, honrado, ameno. Lectores conozco que, como yo mismo, no lo han soltado hasta terminarlo, interesados siempre, y no obstante sus doscientas y tantas páginas. Libro útil y oportuno, ahora sobre todo, que ha sonado la hora de responsabilizar a los creadores de la Alemania agresiva, soberbia, despiadada, y también... desdichada, arruinada en treinta años de locura anticristiana.